



## EDITORIAL

Rodrigo Cordero y Francisco Salinas  
*Universidad Diego Portales*

Imaginemos un etnógrafo recién llegado a una comunidad que desea conocer. Es su primer día en el lugar y no entiende el idioma que allí se habla ni las costumbres que rigen la vida cotidiana. ¿Qué hace? Tras mirar a su alrededor, busca agradarse con los nativos y al fracasar en su primera tentativa por comunicarse fluidamente con ellos, seguramente tomará distancia y buscará entre sus pertenencias un lápiz y cuaderno (o algún dispositivo de función equivalente) para tomar algunas notas sobre sus primeras experiencias. La incomodidad inicial se tiende diluir de un modo algo extraño al refugiarse momentáneamente en las notas que comienza a escribir sobre la vida social del lugar.

Lo ocurrido con el etnógrafo en terreno puede, guardando la distancia, ser tomado como imagen de referencia para describir lo que a menudo ocurre con quien dedica su trabajo cotidiano al oficio de teorizar lo social. Entre los complicados plexos semánticos, normativos y materiales que componen la vida social, la naturaleza de este oficio consiste en comprender los aspectos no comprensibles del mundo, aquellos elementos no inteligibles por medio de las categorías del sentido común o de la ciencia y que, por tanto, escapan a la observación estrictamente empírica y los hábitos de pensamiento en los que cotidianamente reposamos para orientarnos en el mundo. En efecto, el desafío de comprender lo social, requiere establecer cierto grado de distancia reflexiva con el mundo pero en el mundo. Es precisamente la quietud del cuaderno de notas la que permite tomar dicha distancia para plantear preguntas, dirigir la mirada e introducir así una perspectiva sobre los asuntos humanos. El cuaderno proporciona la quietud que es



condición necesaria para el desarrollo de la inquietud intelectual respecto a lo que nos rodea.

Tal como sugiere C. Wright Mills, el *cuaderno* es un medio indispensable para afrontar el desafío intelectual de comprender y describir lo social: tomar notas no sólo “incita a reflexionar” sino que “invita a explicar”. El valor intelectual del cuaderno no reside en pretensión de sistematicidad o unicidad alguna sino que en el carácter fragmentario y heterogéneo de sus notas; ellas mismas son la fuente que permite iniciar un pensamiento más sistemático hacia la inteligibilidad de nuevas relaciones. En el cuaderno convergen sinfín de pensamientos y expresiones que son fruto tanto de pequeñas intuiciones como de grandes obsesiones. Las intuiciones son esenciales al trabajo intelectual que da vida a un cuaderno de notas pues implican una actitud de escucha y alerta que no descarta nada a priori sino que mantiene una apertura al carácter emergente de los fenómenos sociales. La intuición, dicho de otra forma, consiste en brindar atención a aquellas señales tenues que invitan a modificar el rumbo para transitar por calles laterales, sombrías y poco concurridas, en vez de dejarse atraer por las luces de las grandes avenidas que canalizan los flujos que señalan los temas y tendencias del pensamiento disciplinar. Por su parte, las obsesiones son una importante fuente que anima la continuidad de un cuaderno de notas pues indican la fidelidad a un problema, la duración de una inquietud que demanda ser respondida. La obsesión significa, en definitiva, la persistencia de un interés que se resiste a abandonar su objeto y la vocación, siempre cambiante, por contestar una y otra vez la misma pregunta.

En este doble movimiento, proponemos considerar al cuaderno en su sentido más literal como un verdadero “documento de trabajo”. Esto significa, por un lado, entenderlo como un espacio de recolección —un *archivo* que registra y organiza trazos de experiencia—, y por otro, como un método de trabajo —un *taller* que da forma y ritmo al pensamiento, así como alienta el oficio de la escritura—. En tanto archivo y taller, el



cuaderno no puede nunca alcanzar la forma de un producto terminado sino que está destinado a ser un trabajo de composición siempre en progreso. Este destino se revela con particular claridad en el hecho de que si bien algunas de sus ideas y notas logran ver la luz pública como argumentos acabados en una publicación académica, la mayoría de ellas quedan relegadas o incluso olvidadas como esbozos incompletos a la espera de ser retomadas en algún momento futuro.

El propósito de los *Cuadernos de Teoría Social* consiste precisamente en recuperar el *espíritu* de “documento de trabajo” inherente a la forma-cuaderno. A juzgar por las formas de circulación de los productos de conocimiento en el mercado de las ciencias sociales actuales, el documento de trabajo posee un estatus marcadamente inferior en la jerarquía de valores. En su forma más dignificada, el documento de trabajo constituye el paso lógico previo a cualquier publicación: su circulación *ex ante* permite testear ideas, obtener sugerencias y corregir eventuales errores. Pero en su forma más anodina, el documento de trabajo es estrictamente lo no publicable, aquello inconcluso, menor y, por ello, descartable. En cualquiera de estos casos, el documento de trabajo tiende a aparecer en una posición secundaria, residual y subordinada que desvirtúa toda posibilidad de considerar su valor intelectual como espacio donde, estrictamente hablando, se inscribe la posibilidad de nuevo pensamiento.

Ahora, existe una razón adicional de por qué quienes estamos interesados en la reflexión teórica y descripción empírica de lo social deberíamos volver a interesarnos por escribir en y para un cuaderno. Tal como decía C. Wright Mills, hay algo de artesanía intelectual (y no falso romanticismo) en la práctica de llevar cuadernos, sin la cual el ejercicio de reflexión sociológica deviene pura técnica. Es así como nuestro propio objeto de reflexión, la sociedad y sus fenómenos, encuentra una afinidad metodológica en la forma-cuaderno. Si Georg Simmel está en lo correcto al sostener que lo social más que una unidad sustancial es un esfuerzo



relacional y modo de co-existencia, y más que un objeto concreto en sí es un acontecer que constantemente se anuda y desata, la pretensión de conocimiento de lo social requiere cultivar “una particular disposición de la mirada”. Esta disposición consiste en la capacidad de transformar objetos socialmente insignificantes en objetos científicos, o bien en aproximarse a un objeto socialmente significativo desde un punto de vista inesperado. El cuaderno es un medio para agudizar los sentidos, constituye el insoslayable *momento especulativo* de todo pensamiento sociológico que busca delinear lo que hace posible lo social.

Los *Cuadernos de Teoría Social* a los que aquí damos inicio buscan abrir un espacio intelectual para agudizar esta “disposición de la mirada”. Para ello, los *Cuadernos* promueven una comprensión plural, creativa e interdisciplinaria del pensamiento social clásico y contemporáneo, en un diálogo fluido entre la filosofía, la historia, la sociología y la teoría política. Más que suscribir a una perspectiva teórica, tradición de pensamiento o tendencia intelectual particular, los *Cuadernos* suscriben a la prioridad de las preguntas. Esta prioridad remite a un doble atributo de toda pregunta: como *facultad de interrogación*, la pregunta introduce una pausa que interrumpe la continuidad de lo que aparece como una identidad consistente consigo misma; como *condición de posibilidad*, la pregunta constituye una apertura, una cláusula de no clausura que nos priva del sentido de completitud e imposibilita toda pretensión de unidad última de las cosas.

En este primer número hemos querido centrar la atención en una pregunta cuya respuesta parece ser en extremo obvia para quienes trabajamos y hacemos teoría social desde Latinoamérica, al punto que la pregunta misma parece carecer de real sentido e importancia: “¿Existe teoría social en América Latina?” Sin embargo, el abordaje de la *relación* entre las pretensiones de universalidad de las teorías de la sociedad y las particularidades de la realidad latinoamericana apunta precisamente al fundamento de la cuestión: a saber, problematizar la tendencia muy



propia de nuestras ciencias sociales de esencializar el territorio que da forma y fundamento a una “teoría social *latinoamericana*” —pues transforma dicha reflexión en un ejercicio “de”, “sobre” o “para” ese territorio—, así como la actitud de absolutizar el carácter abstracto de la “teoría social general” —pues lleva a subestimar el diálogo con toda reflexión que apele a aspectos trascendentes o universales de la existencia humana en sociedad—. Esta es justamente la tarea que emprenden Alejandro Fielbaum, Ismael Puga y Alexis Cortés en éste número.

Fielbaum toma como caso la mítica figura de José Martí y su concepto de amistad para explorar la forma en que el pensador cubano articula, por medio un registro intelectual bastante ecléctico, un tipo de teoría social *desde* Latinoamérica. Lo interesante del caso de la obra de Martí es que ese *desde* no es nunca un territorio fijo sino que un espacio de enunciación que, dado su carácter históricamente periférico, obliga a pensar de un modo estrictamente cosmopolita. Por su parte, la intervención de Puga pone el acento en una crítica materialista a la corriente de pensamiento decolonial que en la última década ha alcanzado un notable grado de influencia y productividad en las ciencias sociales del continente. Su argumento es que la adopción de tal perspectiva en la sociología latinoamericana conlleva un serio problema: el rechazo a la tradición sociológica que tal movimiento invita reside en una interpretación profundamente “idealista” de la historia de la modernidad que suplanta la materialidad de sus procesos por sus correlatos ideológicos. Ello no sólo limita la comprensión sociológica de Latinoamérica sino que la propia contribución que la sociología del continente puede hacer a la disciplina a nivel global. Finalmente, Cortés elabora un comentario que, a partir de las intervenciones de Fielbaum y Puga, retoma la inquietud de si acaso sigue teniendo sentido preguntarse por la existencia de teoría social en Latinoamérica. Para él la pregunta en sí, y la duda que evoca, es sintomática de las propias autoconcepciones que prevalecen acerca de la producción teórica en América Latina: por un



lado, existen quienes reducen nuestra tradición teórica a una “recepción pasiva” de lo que se produce en los centros; por otro, están los que ven sus límites internos en la preponderancia de cierto particularismo cultural y la instrumentalización política de la cual dicha producción teórica es objeto. A juicio de Cortés, ambas visiones dan cuenta de que el principal obstáculo para la consolidación de una teoría social latinoamericana no está en la ausencia de reflexión teórica o en que ésta sea deficiente en comparación con los desarrollos en otras latitudes, sino que en la falta de conocimiento y comprensión del trabajo realizado por nuestros propios clásicos.

En sintonía con esta discusión, el presente número concluye con una breve *Nota* de Omar Aguilar en torno al vínculo entre Pierre Bourdieu y Latinoamérica. A diferencia de otros clásicos contemporáneos como Luhmann o Touraine, el interés que Bourdieu suscita en Latinoamérica no responde a un vínculo con la formación de estudiantes o con que alguna vez se haya interesado en estudiar esta parte del mundo. Para Aguilar, la incidencia y adopción de la obra de Bourdieu en el continente guarda relación más bien con el hecho de que su propia teoría del mundo social contiene rendimientos afines con la realidad de sociedades periféricas: a saber, está marcada por las “dislocaciones” producidas por los procesos de modernización y por el esfuerzo de hacer inteligible nuestras propias experiencias y trayectorias en dichos procesos sociales.

Como editores agradecemos a los colaboradores de este primer número. Sus contribuciones y excelente disposición al diálogo en relación a pensar la teoría social en el continente son un fiel reflejo del espíritu que da vida a estos *Cuadernos de Teoría Social*.

*Santiago, Junio de 2015*